

3. CONSAGRACIÓN A LA INMACULADA: CON MARÍA EN LA IGLESIA

Sigamos con nuestro itinerario de preparación - o de profundización - para nuestra consagración a la Inmaculada en la M.I, volviendo a lo que llamamos la dimensión eclesial de la consagración a la Inmaculada.

Con María en el Cenáculo

Al pie de la Cruz, la escena descrita por Juan 19, 25-27 nos presenta a María al serenos confiada como Madre por el Redentor moribundo. En Caná la Madre dice: *“Hagan lo que Él les diga”* (Jn 2, 5).

Centraremos nuestra atención en la Iglesia naciente reunida con María, esperando al Espíritu Santo, después de la Resurrección (Hch 1, 14).

María aparece íntimamente unida a la Iglesia que vive en la historia, en ese entonces como en todos los tiempos: en la oración, en la comunión y en la misión. No se puede separar a María de la Iglesia.

El misterio de la una se fusiona con él de la otra. Los Padres de la Iglesia ya habían destacado en sus reflexiones el vínculo íntimo que une a María con la Iglesia. San Ambrosio, en particular, afirmó que todo lo que se dice en las Escrituras sobre María se puede también decir sobre la Iglesia, y todo lo que se dice sobre la Iglesia se puede también decir sobre María. María es el modelo, la imagen, la anticipación de la Iglesia.

El Concilio Vaticano II hizo especial hincapié en la relación entre María y la Iglesia, particularmente en relación con su maternidad virginal.¹

Como María es la Madre que engendra virginalmente al Hijo de Dios, por el poder del Espíritu Santo, así también la Iglesia es la Madre que engendra a los hijos de Dios por el Espíritu a través de la predicación y el Bautismo. Y María no es tan sólo el modelo de la Iglesia, sino que, de hecho, Ella colabora en el renacimiento de los fieles en la Iglesia y sigue desempeñando un papel maternal dentro de la Iglesia.

¹ Cf. *Lumen gentium*, capítulo VIII, “La Santísima Virgen María, Madre de Dios en el misterio de Cristo y de la Iglesia”.

María, en la Anunciación, aceptó la palabra de Dios y escuchó que: *“El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con Su sombra...”* (Lc 1, 35).

La Iglesia comparte la misma experiencia en Pentecostés. María y los discípulos reciben el don del Espíritu Santo y es desde ese momento que comienza la maternidad de la Iglesia. El Evangelio será anunciada a todas las naciones. La maternidad de María continúa en la maternidad de la Iglesia hasta el fin de los tiempos mediante la predicación y el Bautismo.

El misterio que une a María con la Iglesia hace de nuestra consagración a María, en el fondo, una consagración a Jesús en la Iglesia. Pertener a María significa pertenecer a la Iglesia. No podemos ignorar esta dimensión eclesial de la consagración a María.

Si María estuvo en el Cenáculo de Jerusalén con la Iglesia naciente, aún hoy encontramos a María en la Iglesia que proclama el Evangelio y celebra la liturgia.

Como deducimos, entonces, consagrarse a María no es simplemente un acto de devoción.

Consagrarse a María significa comprometerse a ser miembro activo dentro de la Iglesia, recreando el ambiente del Cenáculo: oración, comunión y misión, en continua docilidad al Espíritu Santo.

Significa comprometerse a vivir “con” la Iglesia: *“Sentire cum ecclesia”*, como lo expresaron los Padres de la Iglesia, abrazando los grandes ideales de la Iglesia.

Cada uno de nosotros debe fomentar el deseo y el compromiso en pro de la unidad de la Iglesia, ante todo, por la que Jesús oró antes de Su Pasión (cf. Jn 17). Quedarse con María en el Cenáculo significa desear que todos los hijos de Dios estén reunidos alrededor de la Eucaristía. Hoy por hoy, aquellas personas que creen en Cristo aún no están del todo unidos. Debemos de sentir la responsabilidad de rezar por la unidad de los cristianos y participar en la obra de evangelización que es la extensión de la misión materna de María. Como discípulos misioneros, somos conscientes de que la Palabra del Señor aún dista mucho de verse cumplida: *“Vayan por todo el mundo y proclamen la Buena Nueva a toda la creación”* (Mc 16, 15); *“ustedes recibirán una fuerza cuando el Espíritu Santo venga sobre ustedes; y de este modo serán Mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra”* (Hch 1, 8).

El Movimiento M.I.

En la espiritualidad Kolbeana, esta dimensión eclesial no es simplemente un corolario importante: es un punto fundamental.

En la visión de San Maximiliano, la auténtica consagración a María no existe si no se hace referencia a la Iglesia, especialmente en cuanto se refiere a la misión de la Iglesia.

Podríamos decir que lo verdaderamente original de San Maximiliano, frente a otras formas de consagración a María en la Iglesia, es precisamente su dimensión misionera y universal.

Fundó el Movimiento de la Milicia de la Inmaculada en 1917, siendo todavía un joven hombre, con pocos recursos, pero con un gran ideal en el corazón. Con el paso del tiempo, ese ideal se haría cada vez más claro:

“Ganar el mundo entero para Cristo a través de la Inmaculada” (cf. EK 382); *“abrazar todo el globo terrestre...para que Ella extienda su dominio a los corazones de todos aquellos que viven en cualquier rincón de la tierra”* (EK 1210).

En la constitución original de la M.I., San Maximiliano delineó las características del Movimiento M.I. indicando el objetivo de su Movimiento con estas palabras:

“Provocar la conversión de los pecadores, de los herejes, de los cismáticos, etc., especialmente de los masones, y la santificación de todos, bajo el patrocinio y por la mediación de la Inmaculada” (EK 1368).

Para lograr este propósito, San Maximiliano consideró que la consagración como entrega total a la Inmaculada era la condición esencial (*loc. cit.*).

San Maximiliano fundó la M.I. con un objetivo claro: que todos se conviertan y se conviertan en Santos.

Quien está consagrado a la Inmaculada en el Movimiento de la M.I. abraza la misión de la Iglesia de anunciar el Evangelio a todas las personas, hasta los confines de la tierra, colaborando en el cuidado maternal de María de los hermanos de su Hijo, lo

cual sigue hasta que sean conducidos a la felicidad de su verdadero hogar (cf. LG 62). En este contexto también encontramos a San Maximiliano. El don carismático que recibió es la intuición espiritual sobre el papel maternal de María en la Iglesia y en la vida de cada persona, y la intuición sobre el hecho de que esta Madre nos impulsa a colaborar en su misión maternal (cf. EK 1220).

El don de Jesús desde la Cruz es la fuente del carisma del movimiento M.I.: el don de Su Madre a Juan, que tuvo lugar en el punto culminante del Misterio de la Redención. Esta maternidad que recibimos nos llama a hacer que Cristo nazca, a través de la Madre, en el corazón de todos los hombres.

Volvamos a referirnos a un texto que define bellamente la identidad y misión de la M.I.:

“He aquí la M.I., hacer que entre en todos los corazones, que nazca en todos los corazones; que Ella pueda, entrando en estos corazones y, habiendo tomado posesión lo más perfectamente posible de ellos, dar a luz allí, al dulce Jesús, Dios, y hacerlo crecer hasta la edad perfecta. ¡Qué hermosa misión! ... ¿Verdad? ... La divinización del hombre hasta el Hombre-Dios, a través de la Madre del Hombre-Dios” (EK 508).

Esta colaboración con la misión materna de María se puede implementar de varias maneras.

San Maximiliano indicó tres grados de membresía y participación en la M.I.: al 1er grado, el M.I. 1 (M.I. de primer grado), pertenecen aquellos que viven su consagración individualmente. Al segundo grado, el M.I. 2 (M.I. de segundo grado), pertenecen quienes viven la espiritualidad de la M.I. de manera comunitaria, para poder implementar sus objetivos juntos y también de forma individual, y así cumplir la misión mariana que Dios le ha confiado al Movimiento.

Finalmente, al 3er grado, el M.I. 3 (M.I. de tercer grado), pertenecen aquellos que viven una dedicación total al ideal y apostolado de la M.I., como sucede por ejemplo en las Ciudades de la Inmaculada, en los Institutos de inspiración Kolbeana, y también entre los miembros individuales de la M.I. que se esfuerzan por dedicarse totalmente a los ideales y a la misión de la M.I.

Estas diferentes formas de participación en el Movimiento han sido confirmadas en los Estatutos Generales de la M.I., cuando la M.I. fue reconocida por la Santa Sede como una asociación pública de fieles, universal e internacional, es decir, una

asociación con la que la Iglesia se identifica y que actúa en nombre y por mandato de la Iglesia universal.

Por tanto, la M.I. es verdaderamente una gran familia eclesial en la que todos pueden encontrar su lugar.

Acoger la llamada a la consagración mariana en el espíritu de San Maximiliano significa aceptar la invitación a vivir una experiencia de Iglesia, en una realidad eclesial que se extiende por el mundo, con más de cuatro millones de miembros.

Pregunta para la reflexión y el diálogo:

¿Quieres también acoger a María en tu vida y participar de su misión maternal en la Iglesia y en el movimiento de la Milicia de la Inmaculada?



Compromiso en nuestra vida:

Rezar el Santo Rosario todos los días.